

LOS incidentes registrados en Madrid durante el funeral del asesinado general Constantino Ortín, en el que aproximadamente un centenar de militares incurrieron en un grave acto de indisciplina, es un nuevo salto cualitativo en el constante deterioro del Estado español. No asistimos ya a una conspiración con la intencionalidad de preparar una acción anticonstitucional, sino a una abierta acción contra la Constitución, la democracia y la Monarquía. Lo que ayer era protagonizado por un puñado escaso de oficiales, ante la indiferencia pasiva o activa de otros cuantos profesionales del Ejército, hoy lo es por unos cien oficiales en palpable desobediencia e indisciplina.

En este aparato estatal sucede lo que ya sucedió con las Fuerzas de Orden Público. Al igual que a la rebelión de Pamplona, Rentería y Basauri precedió la toma y captura de las autoridades de Bilbao

torno de los neofranquistas al poder bien por la vía golpista o por la vía electoral. Así se crea ver llegada la hora del trío neofranquista —Fraga, Areilza y Osorio—, que ha heredado la oferta de los desaparecidos siete magníficos, cuando justamente ocurre lo contrario: ha sonado la hora veinticinco de los representantes del franquismo con rostro humano.

Sin disminuir un ápice la gravedad de lo que comentamos, porque sería extraordinariamente peligroso perder de vista a la permanente conspiración anticonstitucional y no señalarla y denunciarla en los términos más vehementes, hay que tratar a la hora de analizar tener la cabeza fría y no caer en los engranajes de la propia propaganda política, que busca sensibilizar con razón a los partidarios de la democracia. De ahí que sea necesario no desorbitar su alcance y proporción para no caer, una vez más, en el error que cayeron

en política o hipersensible al miedo.

El porqué de la crisis del Estado

Porque el reciente crimen de ETA no explica esta penúltima ofensiva anticonstitucional, sino que contribuye a deformarla y desfigurarla. La desestabilización del proceso democrático se inicia antes de la desaparición biológica del dictador, en su doble versión de consolidar un determinado tipo de sistema democrático o de quebrar la salida de la dictadura, sin que haya alcanzado todavía su culminación para que podamos explicarnos lo sucedido en virtud de este asesinato.

Tampoco la comprobada inutilidad e ineptitud de la fórmula gubernamental monocolor, que por otra parte allienta de hecho acciones como la de este fin de sema-

na, al dejar sin sanción anteriores acciones similares, puede ser el factor impulsor cuando faltan menos de sesenta días para que los españoles podamos emitir nuestra opinión democráticamente en las urnas. Y ni siquiera el vacío político-jurídico de estos dos meses —mayores huecos han existido en otras ocasiones— determina este penúltimo asalto.

Sin despreciar su incidencia, no son, sin embargo, la causa de lo que está aconteciendo. Porque la principal razón, como hemos señalado en anteriores comentarios, reside en la quiebra del pacto tácito entre los reformistas en el poder y estos círculos y sectores neofranquistas, bien presentes en la economía, política y aparato estatal después de cuarenta años de dictadura. El desarrollo del proceso democrático, aprobación de la Constitución, más la convocatoria de elecciones generales y municipales, ha traspasado el punto sin

LA HORA VEINTICINCO DE LOS NI

por un regimiento de policías, lo acaecido este fin de semana es la consecuencia lógica de lo que ocurrió con la "Operación Galaxia". Máxime cuando estos hechos anteriores no fueron abordados inmediatamente con autoridad y energía. Así nada tiene de extraño que hasta los mismos policías municipales no obedeciesen a sus superiores recientemente en Madrid y vuelvan a plantear en el futuro actitudes similares.

Todas estas reiteradas rebeliones de sectores del aparato de Estado indican perfectamente el grado de descomposición de las estructuras estatales españolas, que están alcanzando, dicho sea sin intencionalidad peyorativa, un nivel semejante a los recién creados Estados africanos. España, a juzgar por lo que está sucediendo, parece más bien el antiguo Congo o la actual República Centroafricana más que un Estado europeo con más de quinientos años de historia tras de sí.

La constatación de esta innegable realidad, sin embargo, provoca algún nerviosismo o histerismo en algunos sectores de opinión, llegando a la errónea, por no decir que demencial, conclusión del re-

algunos cuando, en las mismas vísperas del 15 de junio, sobreevaloraban las posibilidades electorales de los neofranquistas; como ahora, tras los últimos sucesos y los que están por venir, sobreestiman la llamada Confederación Democrática Española. Porque no estamos delante de su irresistible ascensión al poder, sino en presencia de los últimos coletazos de su irreversible declive y desaparición política.

Negar que los neofranquistas combinan inteligentemente la presión desde arriba con la presión desde abajo sería tan absurdo como dar por sentado su triunfo. No hay que olvidar que estamos ante una lucha política y que los enemigos de la democracia van a intentar rentabilizar, lógicamente, el terrorismo y las contradicciones internas en los distintos aparatos estatales. Y que esta política no ha hecho más que iniciarse y cobrará mayor amplitud en la medida que vayan dándose los siguientes pasos terroristas. Pero de ahí a sentenciar que el proceso democrático está acorralado sólo es posible desde una óptica interesada, sea de derecha o de izquierda, o siendo rematadamente analfabeto





La nueva ofensiva trata de impedir que UCD pueda continuar en el poder en abierta coalición con el principal partido de la izquierda. (En la foto: los ministros de Hacienda, Fernández Ordóñez, y Comercio, García Díez, charlan con el hasta ahora alcalde de Madrid, Álvarez Álvarez, y el también hasta ahora portavoz de UCD en el Congreso, Pérez Llorca.)

este hecho ha debido de nuevo invertir las expectativas electorales en beneficio de Unión de Centro Democrático y en perjuicio del PSOE y del resto de la izquierda.

Este corrimiento del electorado hacia la derecha es buscado no con fines propios —el voto útil va a liquidar las tentaciones del voto inútil que pudiera sentir alguna parte del electorado de este bloque social—, sino para facilitar cauces a una política de centro-derecha —alianza Unión de Centro Democrático y neofranquismo— que barra la posibilidad de la previsible política de centro-izquierda. Porque ese centro-derecha es, ni más ni menos, que la recomposición del pacto roto entre los reformistas y los neofranquistas.

Política que es la que necesitan para facilitar el camino más corto hacia su verdadera solución —una salida extraparlamentaria—, que podría imponerse tras el desgaste y erosión de la opción parlamentaria que se crearía con un Gobierno, por lo menos, de espaldas a la mitad del país. En este sentido los neofranquistas no defienden una opción reaccionaria dentro de un marco democrático —ese es el papel de UCD—, sino una opción antidemocrática que, sin liquidar formalmente la Constitución, la transforme en un papel mojado. Un plan económico de derechas, unas leyes orgánicas de derechas, unos municipios franquistas, etc., sería un camino tan idóneo como un plan económico de izquierdas, unas leyes orgánicas de izquierdas, para conseguir una salida portuguesa.

No estamos, por lo tanto, ante ninguna amenaza golpista, sino ante una maniobra política realizada por quienes desde el verano de 1976 no han sido más que utilizados por la burguesía para ser un elemento de presión de cara a la izquierda y de frente a la inevitable recomposición política interna de UCD. Y en eso quedará, una vez más, su papel si el actual Gobierno, apoyado por las fuerzas democráticas, sabe hacer uso de la autoridad de la que dispone. De este modo la dialéctica entre la reforma y la ruptura, que ha permanecido soterrada, emerge bruscamente, obligando a la burguesía democrática a tener que tomar medidas rupturistas encubiertas si no quiere perder su hegemonía ante la ofensiva crepuscular de la burguesía neofranquista. ■

NEOFRANQUISTAS

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

retorno que el neofranquismo —a través del fracasado plan Arias, Fraga y Areilza— había trazado para la operación de cambio de las formas del Estado. Constatación teórica acompañada de un inminente peligro práctico para sus posiciones de poder una vez que se forme el Gobierno de coalición de centro-izquierda mediante la reforma de la Administración, la limpieza de los Ayuntamientos y el plan de saneamiento económico.

Esta ruptura es la que provoca el deterioro del Estado al crearse una contradicción entre el ejecutivo, en manos de la derecha democrática, y parte de los aparatos de Estado, en manos de la derecha neofranquista. La hegemonía de los demócratas es contestada desde el mismo interior del Estado, creándose una situación compleja y complicada donde la modificación de las formas del Estado emplea a elegir la modificación interna de las mismas estructuras estatales. O sea, lo que justamente trataron de evitar quienes cortaron en seco el avance de la ruptura.

Un primer objetivo

Esta hoy se venga provocando la ruptura interna de quienes la

habían combatido durante la primera fase de la transición. Pero ello no es el preludio de ninguna aventura golpista. Aunque la extrema derecha persigue una estrategia argentina, el terrorismo es, por ahora, un fenómeno localizado en la nacionalidad vasca, a pesar de sus ramalazos fuera del contorno de Euskadi y de los misteriosos "grapos", "fraps", etc., que de cuando en cuando irrumpen en el escenario político español. Ese objetivo, al menos de momento, es invisible para el neofranquismo, aunque lo agite como fantasma, acompañado irresponsable y ligeramente por voces democráticas, para rentabilizarlo políticamente.

Muy al contrario. Esta nueva ofensiva trata de derribar al primer presidente constitucional del país con el pretexto de formar un Gabinete neutral que garantice la pureza electoral. Ni qué decir tiene que estos recién conversos de las elecciones, cuando hasta hace muy poco organizaban referendums con más votos que electores, sólo intentan formar un Gobierno sin apoyo de los partidos para que congele la Constitución y aplase "sine die" las elecciones.

Fundamentalmente tratan de

impedir que quien hoy es el único exponente de la fracción hegemónica de la burguesía, la derecha democrática representada por Unión de Centro Democrático, pueda continuar en el poder en abierta coalición con el principal partido de la izquierda. Su verdadero enemigo en esta ocasión es la política de centro-izquierda, no sólo por cuanto va a atentar contra sus intereses —forjados a lo largo de una dictadura—, sino porque, sencillamente, esa política sólo es posible tras el cambio de alianzas de los reformistas, que después de haber pactado con el neofranquismo para imponer la salida reformista de la dictadura se aprestan a pactar con los socialistas para consolidar la democracia.

Un segundo objetivo

Si esta primera tentativa no es fructífera, el neofranquismo persigue con la presente ofensiva un segundo objetivo político para antes y después de las elecciones. No hay la menor duda, o no debería haberla a pesar de que no existen sondeos posteriores al asesinato del general Ortín, de que